



Dos adolescencias adorables en un muy natural deseo de originalidad. La una, quiere soñar. La otra, dar realidades a un ensueño. Ambas terminan soñando. De esa unión de sanas aspiraciones surgen lo que ellas mismas titulan, con modestia suma, novelas mínimas.

*Castelldefels* es fruto de la colaboración de dos espíritus selectos: el de Socorro Penón y el de Victoria Garrón. Ambas se entregaron al intenso deleite de crear. Y crearon belleza.

Aquellas dos inquietas adolescencias nos recogen en un paisaje calmo, sereno. El silencio de los hombres es denominado, allí por el ansia insaciable de romper las propias barreras, que mueve un mar tan inconforme como aquellas adolescencias.

En el fondo transparente de un alma varonil, duerme, aun virgen de dolores, un grande amor. Las mujeres que, a su lado, pasan son, como en el mito platónico, sombras oscuras de aspiraciones todavía no reveladas.

Una cadena, como la que tiene prisionero el mar cercano, la sujeta el peñón de las angustias. Una enfermedad satura de resignada desesperación a aquella alma recia y vigorosa.

Cerca de esa inconforme pena, se desliga el ideal que nunca había pensado transformarse en realidad. Un ensueño hecho ternuras, matices, aromas, bondades. Una esperanza de blancura indecible, de serenidad de luz matutina, de misterios apenas evocados. Una mujer, en una palabra Marcela y Carlos se conocen. Imposible es no amarse. Para ello nacieron. Por eso, él contrajo aquella dolencia Injusta. Por eso, los reunieron las bellezas, que son todo un ensueño, de la misteriosa playa de Castelldefels, de un misticismo sugeridor.

Ella viene ya con el corazón herido. Las ciegas y ágiles flechas del amor la quisieron maltratar con injusticia evidente.

Ante la inesperada revelación de unos amores, que se anuncian indomables. Marcela y Carlos se llenan de miedo. Ella vuelve los ojos bellos hacia la experiencia Ingrata que muchas ansiedades despertó en su espíritu. Él mira su cuerpo marcado por una enfermedad que, cada día, ha de hacerse menos compasiva.

Imposible unir aquellas dos existencias nacidas para convertirse en una sola esperanza. Él, así lo hace comprender a la preferida. En una confesión desnuda sin piedad alguna, pretende señalar el fin de tanta belleza evocada ingenuamente por ambos. Han de separarse: La Vida, que se cree inexorable como el destino, quiere en la recíproca ausencia, saturar de angustia a aquellos dos espíritus.

Pero el destino no tiene ejecutorias para imponerse en las consciencias fuertes. La deliciosa Marcela se escucha a sí misma. Oye sus propios anhelos. Se arranca de la realidad que la oprime. Corre, desolada, con los brazos abiertos, al encuentro del amor. Se refugia en su pasión sin la inquietud del naufrago. Unas y otras olas, más violentas aun, seguirán pasando sobre ellos. Pero, la calma de ambos espíritus será tan contagiosa que los mismos elementos airados se echarán a sus pies. Como bestias hambrientas dominadas por la bondad franciscana.

Romántico el tema. Romántico el desarrollo. Romántica la solución. Tenía que ser así. Dos adolescencias adorables se unieron en un muy natural impulso de originalidad. Se sintieron más fuertes que la vida. Más fuertes que la muerte. Porque el amor las guiaba mientras escribían. Y el amor ha de seguir las orientando, en la vida, porque así se lo merecen.